

JUAN CARLOS MÁRQUEZ

✦ Tangram

ED | DE  
SALTO | PÁGINA

III. [TRIÁNGULO]

# El síndrome de Reikiavik

---

## El síndrome de Reikiavik

Tras meses dándole vueltas a la idea de viajar a Reikiavik, una estadística me impulsa a tomar el primer vuelo: el último año han muerto asesinadas cinco personas en toda Islandia, leo, y, en un acto reflejo, mi imaginación se puebla de hombres y mujeres confiadísimos de mejillas sanguinas. Sorben una taza de té frente a una chimenea o ahuecan enérgicamente la almohada mientras, al otro lado de la ventana, tras un velo de vaho, el sol centellea sobre la cima del Esja; y al momento me veo propinándoles el golpe de gracia con un atizador o tratando de esquivar el pataleo descoordinado y patético que precede a la muerte por asfixia.

No sé si a los demás asesinos (quizá debiera escribir asesinos psicópatas) les ocurre, pero yo siempre he fantaseado con un santuario del crimen: un lugar con el índice de criminalidad por los suelos donde dar rienda suelta a mis impulsos.

Pero, antes de proseguir, será mejor que les ponga en antecedentes sobre mí: soy un asesino ocasional y selectivo, es decir, sólo mato durante las vacaciones de verano (el resto del año soy un madrileño ejemplar), y nunca a compatriotas. A mí, del crimen, aunque resulte algo pedante decirlo, me interesan sobre

-----

todo los prolegómenos, esos momentos previos en que la víctima, jugueteando con un trébol entre los dedos, atraviesa un parque; se despide de sus hijos hasta la tarde mediante un beso de café; o se estira el calcetín izquierdo en el tercer peldaño de una escalinata sin remotamente aventurar (en cualquiera de los supuestos) que ésa será la última vez que lo haga. En esos instantes, mientras asisto a la escena concreta y, con una nitidez apabullante, el crimen posterior va tomando forma en mi cabeza, me siento muy próximo a Dios. El resto, la consumación del homicidio, es sólo oficio y poco más. Vaya eso por delante antes de volver a Reikiavik.

Mi primera noche en la ciudad es funesta: en los sótanos de la pensión donde me alojo, un cuchitril con baño comunitario en lo peor de Hverfisgata, se ubica un club trepidante, así que no logro pegar ojo en toda la noche. Un paripé electrónico me llega a los oídos en círculos concéntricos, como la onda expansiva de un sésimo, mientras el sol nocturno entra a placer por las rendijas de una persiana vieja. Hay un momento indeterminado entre las cuatro y las cinco en que deseo ser uno de esos mocosos de la Norteamérica profunda a quienes se les dispara el automático y, acto seguido, irrumpen en el aula o la hamburguesería de turno con la escopeta de papá para desfogarse.

De día, la situación mejora considerablemente. En su horario de máximo apogeo, las calles de Reikiavik acogen menos habitantes que El Retiro un domingo lluvioso, aunque, eso sí, se trata de una ciudad sin humos, al contrario que Madrid, cuya línea del cielo parece una exhibición de pebeteros. Un lago en el centro del casco antiguo, el Tjörnin, articula la urbe, de manera que, vista desde la ventanilla de un avión, la ciudad parece un sol azulado, reflectante y naíf de cuyo contorno parten rayos en todas direcciones. El lago recibe la visita de numerosas aves (en eso sí se asemeja al estanque de El Retiro, si bien en este caso más que de aves debiera hablarse de «pájaros»): charranes, frailecillos y alcatraces en su mayoría. Sentado en un

banco, atisbando cómo los enamorados, con esos cabellos suyos tan refulgentes y al mismo tiempo tan quebradizos, y esas caras llenas de pecas, se refrescan los pies y hacen manitas a orillas del Tjörninn, cuesta creer que sus ancestros se dedicaran a sembrar el terror por los puertos de media Europa. En eso, sin embargo, estamos empatados, porque supongo que ningún tortolito local en su cabales pensaría de primeras que un turista español en calcetines hecho un ovillo sobre un banco pudiera ser un asesino implacable.

La tarde la dedico a pasear arriba y abajo la calle Laugavegur, principal arteria comercial de la ciudad, aunque no tengo una idea meridiana de mis acciones: sé que como un bocadillo de carne de cordero en salmuera sentado a la mesa de una terraza (en primavera y verano las calles de Reikiavik se pueblan de terrazas cuyos clientes miran al cielo e intentan absorber cada rayo que proyecta el sol); que me apalpo varias veces el bolsillo de la camisa bajo la cazadora para comprobar que llevo conmigo el frasquito de tetrodotoxina (veneno letal del pez fugu); que una chica rolliza me sirve varias tazas de un café acuoso y humeante, y que a continuación me entretengo un buen rato mirando el colorido pop del escaparate de una zapatería. Sin embargo, me es imposible detallar lo que ocurre después, y las siguientes imágenes que recuerdo pertenecen ya al anochecer, con el sol de medianoche tiñendo la ciudad de un fulgor dorado y las sombras alargándose por doquier con un deje fantasmagórico.

A partir de ese momento crepuscular, mi memoria comienza a funcionar con la precisión de una mira telescópica. Me veo entre los vapores geotermales de la Smoky Bay (Bahía de Humo) esperando semioculto tras un contenedor de mercancías que aparezca una víctima. No he decidido aún las minucias del crimen, pero sé que golpearé su cráneo contra una superficie contundente: el frontal del contenedor que me sirve de parapeto o la barandilla metálica serpenteante pintada de azul cobalto que

se asoma al océano. Entretanto, intento a duras penas que no me ilumine el sol, que acaba de caer lentamente dentro del agua y vuelve a levantarse sobre el horizonte; y que la sirena de un carguero y el olor intenso a sulfuro de hidrógeno que afluye a mis narices no me distraigan de mis cavilaciones. Cuando la víctima aparezca, precedida por el sonido poroso de unos cuantos pasos, el resto del mundo se desdibujará en mis retinas hasta quedar reducido a su mínima expresión: un trasfondo blanco y lejano. Ahora, los pasos se acercan por mi derecha. Suenan huecos, ágiles, vivaces. Escucho cómo se cierran durante unos segundos, apenas diez o doce, pero de repente dejo de oírlos. Sólo queda la luz de sol, una luz broncea y creciente que parece alimentarse del aire viciado y el silencio. Es el momento, me digo. Entonces, salgo de mi escondrijo y veo la espalda de la víctima un instante, lo que tarda en subirse a lo más alto de la barandilla y saltar al vacío. Siquiera estoy en condiciones de asegurar si se trata de un hombre o una mujer mientras me asomo aprisa al Atlántico, que termina de engullir el cuerpo bajo un remolino encrestado de espuma.

Esa noche cambio mi pensión por otra algo más silenciosa en el extremo Norte de Hverfisgata, pero aun así me cuesta horrores conciliar el sueño. Tumbado en la cama, no dejo de darle vueltas al incidente con el suicida. El causante de mi insomnio no es la no consumación del crimen (de hecho, más de una vez, casi siempre por razones de urgencia, me he visto obligado a dejar personas malheridas o incluso en coma, como he sabido después, sin que esos episodios inconclusos me quitaran el sueño o el apetito); el verdadero inconveniente reside en lo que hubiera podido ocurrir si me hubiera anticipado al suicidio; pues en ese caso, de haberse consumado el crimen, en lugar de un asesino yo sería un ángel exterminador, exactamente lo contrario de lo que pretendo. La hipótesis de lo que pudo haber sido, decía, y otra serie de divagaciones sobre cómo afrontar futuros homicidios me mantienen despierto casi hasta

el amanecer (es sólo una forma de hablar, porque, como ya he dejado entrever antes, durante el verano islandés el sol nunca acaba de ponerse), cuando, al fin, caigo rendido.

Tres o cuatro horas después trato de manejar con una mano un plano desplegable de la ciudad y arrastro con la otra, entre cajas vacías de pescado, una maleta roja con ruedas por un callejón. Ýmir, el recepcionista de mi segunda pensión en Hverfisgata, ha tenido la amabilidad de subrayarme en un periódico de anuncios clasificados las señas de media docena de particulares que alquilan habitaciones, y he decidido volcar los cinco sentidos en la tarea. En realidad, además de un alojamiento busco una víctima, una viuda, un viudo o tal vez un matrimonio anciano a quien asesinar sin complicaciones; así que antes, en cuanto dejo atrás el callejón, me meto en una cabina, introduzco un par de coronas y hago algunas llamadas (en inglés) para cerciorarme: pregunto cuántas personas habitan la casa, si hay niños, animales u otros huéspedes; si se trata de un bloque de pisos o de una vivienda unifamiliar; si el barrio es silencioso: la clase de preguntas que solemos hacer los criminales.

La lista de caseros, tras el trámite de las llamadas, queda reducida a un par en el distrito de Saebraut, a escasos trescientos metros de donde me encuentro: Póra Porkelsdóttir, una viuda aficionada a la ornitología, y Helgi Sveinbjargarson, un ex maquinista jubilado que, entre toses y esputos, presume con descaro de cocinar el mejor *skyr* (una especie de yogur servido con arándanos frescos y nata) de Reikiavik.

[Como sé que los apellidos islandeses generan cierta curiosidad, intentaré desvelar su intrínquilis. El modo de creación es muy simple. En la mayoría de los casos se toma el nombre del padre una vez declinado en el caso genitivo, se le añade la terminación *-son* (para un niño) y *-dóttir* (para una niña). Los apellidos generados a partir del nombre de la madre también son aceptados legalmente. Y ahora ya pueden ustedes escribir su apellido según el método islandés —me consta que casi nadie es capaz de resistirse—.]

Saebraut conserva un aire de barrio marítimo provinciano, con sus edificios bajos, sus casas de colores brillantes y sus bicicletas que transitan ambos márgenes de una mediana de buganvillas. Suele decirse que hay lugares en los que el tiempo parece haberse detenido; pues bien, en Saebraut no sólo se ha detenido, sino que se ha quedado a vivir para siempre; y si no fuera por las fumarolas que emergen caóticamente del subsuelo de la costa, uno tendría la sensación de haber sido encerrado en una fotografía o, peor aún, en una postal.

Cuando Þóra Porkelsdóttir asoma pausadamente tras la puerta de su casa, un inmueble coqueto de dos plantas pintado de color lima, mi primera impresión es que merece morir: está casi sorda y se me ocurre que ésa es la razón de que pueda convivir con decenas, tal vez cientos de pájaros. Un rosario de jaulas de metal cuelga de las vigas del techo y de las paredes del interior, en las que apenas queda espacio para hundir un clavo, y, a medida que la señora Porkelsdóttir me muestra la planta baja, puerta tras puerta, habitación tras habitación, el ruido de fondo se hace más y más ensordecedor. Por fortuna, el piso de arriba, al que se accede por una escalera de caracol, es un remanso. Allí, uno frente a otro, se encuentran los dos dormitorios, el de la señora Porkelsdóttir y el destinado a los huéspedes. También hay un cuarto de baño, un aseo y un saloncito provisto de una modesta biblioteca y un televisor portátil. Llama la atención la serie de retratos de Þóra (a estas alturas, la señora Porkelsdóttir, con su inglés sencillo, me ha dicho varias veces a grito pelado que la tutee; así que seré fiel a su deseo) y de un hombre, el que casi con certeza fue su marido. Se trata de estampas cotidianas (ni rastro de bodas, aniversarios o cumpleaños), tantas como jaulas hay en la planta inferior, en las que ambos aparecen por separado: en una, por ejemplo, la que ocupa el centro de la pared del fondo, sobre el televisor, una Þóra más joven tiende un vestido rojo en un cordel; en otra, con el pelo recogido en una coleta, le da la vuelta a una rodaja de salmón sobre una sartén ungida de manteca. Por su parte, el



hombre, un tipo de manos enormes y bigote grueso, recorta con unas tijeras de podar las ramas de un rosal chino, vierte alpiste en el comedero de una jaula o bien se lleva a los labios una jarra de cerveza bajo el mostacho manchado de espuma.

El cuarto de huéspedes me deja una grata impresión: la cama parece mullida y el mobiliario (ropero, cómoda, mesilla y galán), aunque sencillo, cumple de sobra su cometido. Por otra parte, la persiana funciona perfectamente, sin que, una vez echada, permita pasar un solo rayo de luz. Según acepto quedarme, Póra me pide que le deje ver mi pasaporte y se lo muestro con celeridad. Madrid, chilla, *very nice*. *Very*, grito. Y acto seguido, en cuanto desaparece de mi vista, cierro la puerta, me desvisto, escondo momentáneamente el frasquito de tetrodotoxina bajo la almohada y me tumbo sobre la cama a planear el crimen.

Estoy desnudo aún, reponiéndome de los efluvios a huevo podrido del agua sulfurosa de la ducha, cuando oigo que tocan con vitalidad a la puerta del baño. Termino de secarme y, con la toalla húmeda enroscada a la cintura, me oculto tras la puerta y la entreabro. Al otro lado, un tanto aturrida y pálida, Póra me ruega a voces que le ayude a descargar unos paquetes que acaba de traer en su coche del supermercado. Acepto, y en diez minutos quedamos en vernos en la puerta del garaje, que está en la parte trasera de la casa. Mientras me anudo los cordones de las botas, revivo la escena anterior y pienso que acabo de perder una oportunidad excelente: podría haber abierto la puerta por completo, dejar que la toalla resbalará hasta la moqueta y, ante la sorpresa natural de Póra, aferrarme a su cuello y ahogar entre mis manos su último grito. Pero no soy un improvisador eficiente, no lo he sido hasta la fecha y no estoy en condiciones de serlo en el futuro. Cada crimen requiere su propia parafernalia y, una vez que ha sido planificado hasta el más nimio detalle, es preferible no alterar el curso de los acontecimientos.

Los pájaros parecen intuir mi presencia, y no paran de intensificar sus chillidos según atravieso el pasillo de la plan-

ta baja camino de la puerta principal. Los animales poseen la facultad de presentir el peligro, incluso la muerte. Estoy convencido. En cierta ocasión, mientras me tomaba un respiro en una terraza del Barrio Latino de París, una niña sentada a una mesa cercana sostenía en su regazo un cachorro de pastor alsaciano. Pues bien, el perro no paró de gruñirme durante la media hora escasa que permanecí en el lugar. Sé que es bastante habitual que los perros gruñan y ladren (difícilmente puede esperarse que hagan otra cosa distinta), pero allí había más de veinte personas y, mientras gruñía, el perro tenía los ojos clavados en mí. Es más, en cuanto me levanté, el chuchito saltó encorajinado del regazo de la niña y, de no haberlo tenido ésta bien sujeto por una correa, a buen seguro se hubiera lanzado a por mí. Dos semanas después, una noche muy calurosa, asesiné a un pobre viejo en los Campos Elíseos; le reventé la cabeza con una piedra mientras él bebía agua de una fuente. A los pocos días dieron las imágenes del funeral por televisión: cuando vi a la niña del perro (esta vez sin el perro) echándose encima del atáud, casi se me escarcha la sangre.

El maletero del coche de Póra, un Mercedes antiguo de color granate, está lleno de bolsas, cajas y paquetes encajados con pericia; la mayoría contienen comida enlatada y tarros de verduras, pero también hay un par de cajas de cervezas y varias botellas de un vino rosado espirituoso. La idea de Póra es que yo le ayude a llevar los bultos más pesados hasta la cocina. Una vez allí, ella se encargará de distribuirlos por los armarios y la nevera. Para acometer la tarea, se ha puesto un peto vaquero y ha recogido su cabellera en una coleta, exactamente igual que en la foto en la que fríe una rodaja de salmón, pero es más que evidente que entre ambas imágenes han transcurrido varios años. Si ella y su marido, el del bigote, hubieran tenido un hijo (la ausencia de fotografías me induce a pensar que no lo tuvieron), calculo que ahora tendría más o menos mi edad.

El ruido de los pájaros puede oírse desde la puerta del garaje, pero se vuelve insoportable a medida que me adentro en la

casa con los primeros paquetes entre los brazos. Se trata de aves pequeñas y coloridas, que caben dentro de un puño, y cuya actividad es delirante: no pasa un solo segundo sin que le lancen un picotazo al aire, extiendan sus alas, revoloteen o se pongan a dar saltitos sobre los barrotes, pero entretanto no cesan de producir sonidos. Dejo los paquetes sobre la mesa de la cocina y salgo lo más deprisa que puedo. En el exterior, me parece oír la voz de Póra pronunciando mi nombre, aunque no alcanzo a verla. La algarabía de los pájaros no me permite localizar el lugar de procedencia de la voz, que ahora apenas supera la intensidad de un susurro. Por fin, encuentro a Póra tendida boca arriba en el suelo, junto al maletero del coche; un reguero de vómito recorre su barbilla, le falta el aliento y, en una suerte de coreografía macabra, se lleva ambas manos al pecho, al cuello y a la mandíbula varias veces antes de, casi sin fuerzas, cogerse de las mías. Un minuto después pierde el conocimiento, y yo continúo junto a su cuerpo, de rodillas, con el ruido de los pájaros metido en la cabeza, mientras se acercan algunos vecinos y oigo a lo lejos una voz varonil que pide una ambulancia. Apenas un cuarto de hora más tarde, un médico joven y espigado rodea con su mano derecha la muñeca izquierda de Póra, cabecea, busca de inmediato el latido en la carótida y, con cara de pocos amigos, certifica la muerte por infarto. Entonces, entro en la casa y abro todas las ventanas y todas las jaulas, recojo aprisa mi frasquito y mi maleta y, alicaído, dejo atrás el tranquilo Saebraut mientras los pájaros elevan el vuelo hacia una muerte segura.